

Prólogo: Las voces calladas¹

Cada vez quedan menos personas que padecieron la Guerra Civil, aquellos años de furia y destrucción. Y los que quedan eran entonces niños, así que lo que recuerdan en la mayoría de los casos no son más que los recuerdos que les contaron aquellos que, por su edad, sí se vieron entonces empujados a las trincheras o padecieron la soledad de la retaguardia. Los niños de entonces bastante tenían con sobrevivir en las peores condiciones. En algunos casos es posible imaginarlos asomándose hacia fuera a través de la mirilla de su inocencia y atisbar alguno de los innumerables actos de barbarie e ignominia que se sucedieron durante aquellos días y que sacaron lo peor de las entrañas de cada hombre y de cada mujer. Lo peor, y seguramente también lo mejor. La guerra rompe todos los límites y esquemas, las formas establecidas y los proyectos en marcha, y cuando estalla ya no hay nada previsible, nada que responda a lo que se esperaba, y el que era valiente se comporta como cobarde y se quiebra, y el timorato descubre dentro un coraje que ignoraba y que lo empuja a la violencia de manera implacable. Quién sabe.

Ya no quedan más que unos cuantos de los que eran niños en 1936, pero a ratos no resulta extraño pensar que también a muchos de quienes en esos días eran ya un poco más mayores la guerra los sorprendió en pañales. Algunos jamás habían imaginado que los llamarían a filas; otros no contaban con que sus ideas los llevaran tan pronto a empuñar un fusil. En cierto sentido, todos fueron arrastrados a una carnicería. La guerra la conocían los militares que decidieron dar un golpe y ponerla en marcha –muchos habían hecho carrera en la de África–. Sabían lo que significa librarla los que formaban parte

¹ <https://dx.doi.org/10.5209/his.004.00>
Del Manzanares al Clínico. La lucha por la Ciudad Universitaria. Raúl C. Cancio Fernández.
© Ediciones Complutense, 2025.

del ejército que tenía la obligación de defender a la República. Los civiles que conspiraron para acabar con un régimen legal tenían que tener claro hacia dónde los conducían sus ambiciones, y los que entendían que no querían una España autoritaria que emulara los proyectos de la Italia de Mussolini o la Alemania de Hitler también se daban cuenta de lo que podía significar el desafío de pararles los pies a los militares rebeldes. Las organizaciones sindicales y los partidos políticos se hicieron cargo de lo que se les vino encima, y definieron sus objetivos; algunos se propusieron precipitar una revolución. Las guerras se libran siempre entre fuerzas que entienden de manera distinta cómo tiene que ser el mundo, y por eso también hay una guerra paralela de las ideas y la propaganda. Sea como sea, el golpe pilló en pañales a muchos de los que fueron inmediatamente conducidos a los campos de batalla. Como si fueran niños. Y seguro que más de una vez se preguntaron qué diablos hacían allí.

También la guerra les cae encima a las ciudades, a sus edificios, sus casas, sus cuarteles y bancos, sus comercios, sus cines y sus teatros, sus hospitales y hoteles, sus asilos, sus bibliotecas, sus universidades. Manuel Azaña, que fue presidente de la República durante la guerra, se instaló en Barcelona en noviembre de 1936 y visitó Madrid un año después. Las anotaciones de sus diarios son reveladoras. Le sorprendió al atravesar sus calles no encontrar “ni una luz, ni alma viviente”. “Silencio sepulcral”, escribió el día 16. “De vez en cuando, algún estampido lejano. La ciudad, aplastada por el silencio, parece transferida a la tiniebla eterna. ¿Qué es de Madrid? —me preguntaba—. ¿Dónde está? Duerme, o lo finge. ¡Qué drama en cada hogar, qué pesadumbres! Esa quietud tenebrosa, que parece olvido, indiferencia o desdén por el destino, qué angustias encubre. Declara la actitud de aguardar, minuto por minuto, durante un año, la visita de la muerte”.

La ciudad también sufre y, un año después de que las fuerzas republicanas frenaran la ofensiva de las tropas franquistas, Madrid sigue esperando la visita de la muerte, vive con ella, la lleva dentro. “Por la calle de Bailén y la plaza de España, entramos en el barrio de Argüelles, que parece haber padecido un terremoto”, apuntaba más adelante Azaña a propósito de una zona cada vez más cercana al frente. “A la izquierda de la calle de la Princesa se ven manzanas enteras derruidas. Se supone que entre los escombros debe de haber muchos cadáveres; en las casas no tocadas, y aún entre las ruinas, vive todavía alguna gente, muy tranquila”. Nada más llegar de Barcelona, a Azaña lo condujeron al centro, donde cenó con los autoridades que lo acompañaron esos días. “Se repasó el programa para el

día siguiente”, contó. “En él figuraba una visita a las trincheras de la Ciudad Universitaria. Miaja se opuso: ‘Yo no cargo con esa responsabilidad’, dijo. Quedó suprimido el número”.

Ese ‘número’, esa visita, es lo que tienen ustedes entre manos. Lo que ocurre es que Raúl C. Cancio se ha ocupado de reconstruirla en 1936, cuando entre el 15 y el 23 de noviembre se libró en la Ciudad Universitaria una de las batallas más duras y enojosas y primitivas, más pegada al suelo y a los cuerpos de los combatientes. Franco y los suyos no consiguieron conquistar Madrid, solo entonces se supo que la guerra iba a ser larga y que no estaba decidida. Azaña encontró un año después en Madrid “un gran silencio”. “Ni un disparo, ni una explosión. Los pobres combatientes, agazapados en el barro, acechan”, anotó. Y también: “Ninguna señal de vida. Todo parece ya acabado para siempre. Este paisaje, más penetrante, más fino que nunca, se calla como un cementerio. Y eso es, en suma. Además de un degolladero, donde Madrid se ha desangrado”.

Así, la guerra. Cae encima de una manera brutal, y llegó a las puertas de Madrid a principios de noviembre de 1936. El día 6, las tropas franquistas estaban ya listas para dar el salto definitivo. Era cuestión de horas que avanzaran hacia el centro de la ciudad, doblegaran la resistencia de sus defensores y dieran seguramente el golpe decisivo a la República. El Gobierno, presidido por Francisco Largo Caballero, se trasladó ese mismo día a Valencia y dejó la ciudad en manos de una Junta de Defensa, presidida por el general José Miaja. Su Estado Mayor trabajaba a destajo para preparar la resistencia. El primer punto de las órdenes era muy claro: “La defensa de la capital a toda costa”. Cancio cuenta lo que ocurrió paso a paso con todo detalle, minuciosamente.

Es muy revelador que el protagonismo de esta historia se lo haya dado a la Ciudad Universitaria. A ese puñado de edificios que no hablan. Por eso este libro se centra en lo que ocurrió durante esos días, los que van del 15 de noviembre, una vez que las tropas franquistas consiguieron cruzar el Manzanares, y el 23, cuando Franco desistió de seguir adelante una vez que su avanzadilla se había apropiado del Hospital Clínico y los combates se enquistaron, y no había manera de avanzar.

Lo que hay en estas páginas es un doble juego de perspectivas. De un lado, Cancio se levanta y mira desde arriba cómo se suceden los episodios, de que manera mueven sus tropas los responsables militares, qué persiguen las órdenes de sus jefes, qué hipótesis barajan y cómo las ejecutan. Día a día, atento a cada revés que trastoca cualquier previsión y obliga a cambiar las maniobras y los objetivos. De otro, se empapa del sudor de los combatientes,

los acompaña, observa sus limitaciones o su coraje, da cuenta de sus sacrificios. Los errores de unos combatientes bisoños, la audacia de los más agueridos, el miedo, el dolor, las muertes. La batalla que tuvo lugar en la Ciudad Universitaria está llena de mitos; Cancio los desmonta. Procura atender a los documentos, a las actas de las reuniones y a los teletipos, rebajar lo que los testimonios tienen de tramposo, cotejar distintas versiones, analizar con prudencia cada momento. Y, sobre todo, lo que Cancio consigue es hacer hablar a las voces calladas, las de esos lugares que no pueden expresarse, y las de aquellos que se encontraron en pañales con la guerra y de pronto se encontraron jugándose la vida por cada metro de terreno.

El historiador tiene la obligación de ir a los hechos, y esa obligación Cancio se la ha tomado muy en serio. En ‘Del Manzanares al Clínico’ ha operado con bisturí, con mucha finura para no abrir heridas, atento a las responsabilidades de aquellos que las tuvieron, y que no siempre acertaron. No es tiempo ya para los ajustes de cuentas, y para cerrar heridas la historia es una buena compañera de acercarse a la verdad.

José Andrés Rojo

Columnista y redactor del diario *El País*. Con *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano* ganó el XVIII Premio Comillas de Biografía, Autobiografía y Memorias, que concede Tusquets Editores y que publicó en 2006.